

## Las heridas y las cicatrices

5.749 días

JUANA SÁNCHEZ-ORTEGA

Planeta, Bogotá, 2021, 260 pp.

LA PRIMERA novela de Juana Sánchez-Ortega encuentra el tono justo para reunir dos universos opuestos. Está narrada en estilo indirecto libre y relata las aventuras de una pareja, en especial durante un momento clave de la historia reciente de Colombia. El relato siembra preguntas, aporta algunos datos y mantiene otros en la sombra, que son la motivación del lector para continuar. A lo largo de la novela se van dando puntadas sobre el pasado mediante viñetas intercaladas que el lector reconoce por el contexto y por la numeración de las partes.

Miguel es periodista y Lucía es música. Secuestrado cuando era niño, fue llevado a la zona de despeje del Caguán. Ella era hija de la mujer que se vio obligada a cuidar a Miguel durante el cautiverio. Los niños se comunicaban mediante notas escritas y solo una vez se vieron. Ahora son adultos y viven en Barcelona. Los padres de Miguel, Álvaro y Alicia, viven en Colombia, así como sus hermanos Santiago y Amalia. Los hermanos de Lucía viven en España: Fernando en Gijón, y Carlos y Elena en Barcelona; son huérfanos de una pareja de campesinos del Huila y llegaron a Europa en enero de 2004 como refugiados, de la mano de la Acnur. Tienen una especie de padre adoptivo, Manuel, reinsertado del M-19 en 1990.

Las acciones transcurren entre Barcelona, Bogotá y varias áreas rurales colombianas: Rivera, Palmira y la zona del Caguán. Ese doble contrapunto entre la ciudad y el campo, así como entre el país y el extranjero, acentúa la sensación de desplazamiento permanente. Pese a que las víctimas viven en España, no pueden acomodarse del todo en su nuevo entorno, no dejan de ser y sentirse extranjeros, y algo similar les sucede al regreso: se sienten foráneos en su propia patria, el desarraigo total. Barcelona sirve como escenario de contraste cuando los jóvenes vuelven a Colombia durante septiembre de 2016. Dice Lucía: “Miguel y yo habíamos hablado de que, en el caso de que

se diera el acuerdo, los dos viajaríamos a Colombia para filmar un documental sobre las víctimas invisibles del conflicto” (p. 38). Y Miguel:

[...] personas normales que han sido víctimas de todos estos años en la guerra, que por ser “casos aislados” y no ser parte de una masacre, o porque los hechos sucedieron en un lugar muy lejano, no lograron entrar en las noticias, pero que contados unos con otros son la mayoría. (p. 38)

El documental se llamará *Gota a gota no se nota* y será una *mise en abyme* sobre ellos mismos: Lucía, Miguel y sus respectivas familias, pero allí también estarán las voces de Pablo, víctima de una mina antipersona; Ernesto, un guerrillero reinsertado; Daniela, la hermana de un joven de Soacha, víctima de una ejecución extrajudicial; Irma, paramilitar desmovilizada, y Joaquín, el papá de un joven veterinario secuestrado, entre otros. Mientras escucha las voces de otras víctimas, la memoria de Miguel se activa y tiene un momento de autorreconocimiento. Está libre, pero sigue secuestrado por sí mismo:

[...] el documental era solo la forma de intelectualizar el sufrimiento que había ignorado, pero que seguía allí, que lo miraba castigarse y evadir la felicidad. Continuaba secuestrado y hasta ahora se daba cuenta de eso. Solo que en ese instante no se trataba de pagar dinero. (p. 117)

Miguel y Lucía son víctimas y se encuentran en el punto límite entre el conflicto y el posconflicto colombianos; intentan rehacer sus vidas en Europa, una posibilidad que no ha tenido la mayoría. El hecho de que fueran niños cuando ocurrió el secuestro los ayuda a que, transcurrida más de una década, puedan gestionar el recuerdo de forma más o menos positiva. La juventud de los protagonistas enfatiza el dinamismo, la celeridad y la emoción de las acciones. El objetivo no es reproducir unos hechos reales sino construir un relato verosímil sobre un momento histórico: la firma de los acuerdos y el plebiscito sobre los mismos.

El orden de las acciones de la novela corresponde a grandes rasgos a la

siguiente sucesión: el desplazamiento de la familia Rojas, que sale del Huila hacia la zona del Caguán (1995); el secuestro de Miguel (2001); el asesinato de los padres de Lucía (2002); la salida de los hermanos Rojas, como refugiados, hacia España (2004); el reencuentro de Miguel y Lucía en Barcelona (2013); la firma de los acuerdos y el plebiscito (2016). Ese caudal de información se articula de forma desordenada pero coherente en el argumento, y el lector debe ir reconstruyendo así la lógica temporal causa-efecto de los hechos relatados. El título de la novela obedece a los días que pasan entre el secuestro de Miguel en enero de 2001 (el día 0) y el momento en que él vive una singular epifanía, más o menos a mediados de octubre de 2016 (el día 5.749). La novela está compuesta por 39 capítulos, subdivididos en unidades menores que corresponden a días específicos, y que son números positivos si suceden después del secuestro o negativos si suceden antes. Así, por ejemplo, Miguel y Lucía se reencuentran en Barcelona en marzo de 2013 (día 4.440), y Manuel inicia su militancia política en 1981 (día -7.188). El recurso de la contabilidad de los días es excesivo e incómodo, pero necesario; cualquier lector entiende el pacto temporal que la novela propone. Aunque puede pensarse que no hacía falta enredarlo con esa enumeración minuciosa de los días, pues lo mismo que confunde también subestima al lector. La repetición constante le quita fluidez a la lectura y se presta para errores, como se verá más adelante. Pero el objetivo es enfatizar el drama de Miguel como víctima: cada día que pasa suma a su pena y, de una manera u otra, sigue secuestrado. Porque son más de quince años el tiempo total que transcurre entre el secuestro de Miguel, cuando era niño, y la liberación personal que experimenta junto a su familia y a los Rojas en una memorable reunión campestre.

Las sesiones públicas son muy importantes para que cada víctima cuente su verdad y las otras le escuchen; para que cada una contribuya con su parte y así se pueda intentar completar el rompecabezas. Solo cuando se reconocen las voces de los otros sujetos se puede construir el perdón. Es la voz de la abuela Mercedes la que estimula a hablar a Miguel, quien desde su

RESEÑAS		NOVELA
<p>liberación ha mantenido silencio sobre el secuestro: “Cuéntanos toda la historia y nosotros te contaremos la nuestra [...] no tenemos culpa de nuestras heridas, pero sí somos responsables de sanar” (p. 156). Miguel intenta hacer su duelo y perdonar más por su propio bien; el perdón es una construcción personal que requiere agallas, pero sobre todo tiempo. De ese modo le dice a su hermana Amalia:</p> <p>El mundo no se divide en buenos y malos, y en el monte hay mucho más que guerrilleros. En el monte me cuidaron personas que, por necesidad, se vieron obligadas a trabajar para la guerrilla. No es justo que pongas a todos en el mismo talego. Tienes que abrir la mente y entender que no hay una sola visión de la realidad y no se puede eliminar lo diferente. ¿No lo ves? Así es como empezó todo este lío. Vas a tener que trabajar en las cadenas de mi secuestro porque se han aflojado conmigo, pero te oprimen a ti. Y sí, yo los perdono, pero no porque se lo merezcan, sino porque yo me lo merezco. (pp. 89-90)</p> <p>Esta es una de las primeras novelas colombianas que tiene como trasfondo los acuerdos de La Habana y el plebiscito, y en donde las víctimas y los victimarios –así sean los indirectos– se dan la mano y salen fortalecidos porque logran ver la variedad de matices entre los extremos. Es una novela que invita a la reconciliación y plantea la pertinencia permanente de conceptos como trauma y culpa, verdad y perdón, memoria y olvido. Hay un par de errores que futuras reediciones tendrán que corregir: el primero es que Carlos, el hermano de Lucía, tiene cinco años a principios de 2001 (p. 172) y seis a principios de 2004 (p. 51); el segundo es que, pese a que las acciones de los capítulos 15 y 16 son continuas, el 15 se ocupa del día 1.963 y el 16 del día -1.855. También abundan ciertos españolismos incómodos, aunque aceptables porque los usa Carlos, quien ha pasado la mayor parte de su vida en España. Pero esos detalles no empañan una novela valiosa. La narración es intensa y emotiva. La autora tiene una notable capacidad para la construcción de un relato vigoroso, una trama ingeniosa y unos personajes complejos; es una novela</p>	<p>conmovedora y empática, terapéutica y asertiva. Sánchez-Ortega es capaz de transmitir con ponderación las dos posiciones enfrentadas en el plebiscito del 2 de octubre de 2016, y entiende, sin juicios ni prejuicios, las razones de ambas. Una primera novela que sorprende. Ojalá que la autora continúe escribiendo y publicando.</p> <p style="text-align: right;"><b>Carlos Soler</b></p>	